

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXII

Octubre de 1945

Núm. 244

Puntos de vista

Aquella generación . . .

SE ha conmemorado últimamente el asalto a la Federación de Estudiantes en julio de 1920 y el nacimiento de la llamada generación de 1920. Uno y otro suceso son pares, porque en ambos se confunde el fervor de la juventud de aquel tiempo, tanto en el entusiasmo para intentar la creación de un mundo mejor como en la amargura por el salvajismo de que fueron víctimas los estudiantes.

Pero lo penoso de todo esto es la muerte o la agonía o el silencio que ha invadido todo aquel período y, por supuesto, a quienes participaron en él o fueron, por así decirlo, los promotores de su impulso. Ya no queda sino el recuerdo, a pesar de que sólo han transcurrido veinticinco años. Un cuarto de siglo apenas. Es probable que las generaciones rectoras no alcancen mayor profundidad de tiempo sobre un país. En todo caso es apenas un lapso, un resplandor. Los que participaron en aquel movimiento tan promisor, son hoy en su mayoría personas escépticas. Y en su mayoría todas están distantes de los actos públicos, o para decirlo más exactamente, lejos de toda función rectora. Nosotros pensamos que la validez de aquel impulso fué escamoteada. Nada queda para asegurar que la generación obtuvo las palmas del triunfo. Si se habla con alguien que tuvo participación en sus deliberaciones, en sus entusiasmos, en sus enviones hacia el futuro, se siente como si faltara la energía de las alas en los pájaros, otrora firmes y dominantes. Una sombra graba sobre los labios el plie-

que tan característico del desaliento. Se cumplió algo sólo en una medida fragmentaria. Y luego todo cayó envuelto en el fraude político, en la mescolanza plebeya de la irresponsabilidad, en el ambicioso atropello de todo lo que es idealismo.

Pero es desgraciadamente natural que así ocurra. Desgraciadamente, decimos, porque en todos estos países hispanoamericanos las generaciones apenas si alcanzan a trazar un vuelo rápido y luego caen en la amargura y en el escepticismo. Su nobleza generosa, su impulso de elevación, su grandeza de propósitos se desvía, por la acción nefasta de la política menuda y subalterna, hacia el utilitarismo sórdido. Tal aconteció con el andar de aquella generación que ahora recordamos. Nadie de los que en ella formaban parte, fué tomado en cuenta. Y no obstante que esa generación formó el ambiente, dió vida a las grandes inquietudes espirituales, removi6 la pesadez del medio corrompido por la política, fueron otros, desconocidos o más astutos, o más ávidos o más listos los que llegaron a aprovechar de esa preparación que había costado lágrimas, sufrimientos, sacrificios y hasta sangre... Las organizaciones obreras y los estudiantes, fueron burlados en su idealismo. Lo que había que hacer no se ha hecho, sino en una medida mínima y el ambicioso utilitarismo, la misma sordidez política, idéntico desplazamiento de los mejores es lo que ha sobrevivido al año 20, año de gracia para la construcción de un país nuevo y fuerte por el decoro promisor de su vida espiritual. No se construyó. Y la vida espiritual está en una temperatura casi inexistente.

Una generación deja un grupo de sucesos morales. Deja un grupo de obras fundamentales. Deja una trayectoria profunda en el andar de algunos hombres. Deja el tibio refugio del espíritu siempre ágil, firme, fecundo, para que a su amparo se alimenten las generaciones que le suceden. Pero nada de eso ha ocurrido. Las evocaciones que se han hecho son de un orden personal, casi doméstico, en la rememoración de pequeños incidentes que no conmueven porque carecen de profundidad, de vibración humana.

Vendrán, es cierto, otras generaciones. Otros grupos moverán el impulso para una acción ancha y tenaz sobre esta mentalidad que cada día parece más aletargada en el utilitarismo y en la ambición de dinero. Será preciso construir, hacer nuevos sacrificios, promover nuevos y más decisivos movimientos idealistas, abrir en las almas un orificio para que por él penetre la luz de un entendimiento más noble y más humano. Un día cualquiera, unos hombres desconocidos, jóvenes, entusiastas, sin obligaciones excesivas con ese pasado que amedrenta y enerva y destruye, saldrán a la luz y gritarán con una voz entera, varonil, metálica, el evangelio de una existencia en que no haya claudicaciones continuas, venalidades sistemáticas, cinismo y miseria espiritual. Y mostrarán la verdadera conciencia a los jóvenes desorientados que ahora siguen sin saber qué rumbo tomar, copiando lo peor y sintiéndose agonizar en el marasmo del más sórdido materialismo.

Esos hombres desconocidos, que un día saldrán a la luz, jóvenes y fuertes, son los que todos esperan sin decírselo, los que harán el milagro de levantar la condición de la vida, desde el escepticismo sórdido y desde el materialismo grosero en que hoy se debate, a un plano superior de dignidad.